

Los arcontes del archivo



JUAN C. CAPO¹

Obertura. El artículo acepta el desafío de RUP a escribir sobre *arkhé* (origen, inicio) y las líneas que siguen procuran responder. Se toma como guía el libro de Jacques Derrida, *Mal de archivo, una impresión freudiana*.

La nueva *tékhne*. En la contratapa, se recogen datos útiles de los ejes que presta Derrida, con una concepción del archivo, a la luz de una realidad tecnológica, que las nuevas técnicas de archivación (correo electrónico, CD ROM, y otros) comportan de modo cristalino.

Diálogo con el psicoanálisis. Esa interlocución recoge un substrato de modelos, imágenes y metáforas, relacionadas con la impresión, la huella, la imprenta, la impronta, la escritura, utilizadas por Freud para exponer su teoría, y que supusieron, para Derrida, una revolución en la técnica del archivo, en el archivo de la técnica. De ahí extrae Derrida, lo que se puede considerar uno de los principales ejes epistémicos de su libro.

Es que un cierto *mal radical* parece estar en obra ya desde siempre, en la tarea de lugar, donde se alojarán los archivos, derivando de esa compilación una suerte de articulación que los une.

Los modos de recordar, memorizar, monumentalizar, han de consignar en lugar exterior, el tiempo empleado en pasar revista a lo que da base «al tiempo perdido».

La palabra archivo. Prosigue Derrida (1994): «No comencemos por el comienzo, ni siquiera por el archivo. Pero sí «por la palabra archivo [...]» (p.9).

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@netgate.com.uy

«*Arkhé*», nombra a la vez el *comienzo* y el *mandato*. Esto conjuga aparentemente dos principios en uno, el principio según la naturaleza o la historia, *allí donde* las cosas *comienzan* —principio físico, histórico, u ontológico— pero también el principio según la ley, *allí donde* los hombres y los dioses *mandan*, *allí donde* se ejerce la autoridad, el orden social, *en ese lugar* desde el cual el *orden* es comprendido como principio nomológico. Es decir, un logos de la ley que el archivo sustenta.

«**Un concepto así no es fácil de archivar**». Derrida usa expresiones que remiten a un abanico de muchas radiaciones: «Una serie de divergencias no dejará de dividir cada átomo de nuestros léxicos», o esta otra: una cadena de oposiciones tardías y problemáticas entre la *physis* (naturaleza) y sus otras resultantes: *thésis*, *tékhne*, *nómos*, (tesis, técnica, mandato legal) que también cargan el archivo.

Los arcontes, los que mandan. [...] el sentido de «archivo», deriva del *arkeion* griego: casa, residencia de los *arcontes*, los que representan el derecho de representar la ley. Es en su casa, en ese *lugar*, donde se depositan los archivos o documentos. Los arcontes no solo aseguran la seguridad física como depósito, y también como soporte. Esto insta una competencia y un derecho hermenéutico (de interpretación) sobre los archivos. Así, la ley, y la singularidad del acontecimiento que nace, digamos, se sostienen en el *privilegio*. El privilegio del cruce del lugar y la ley, del soporte y el mandato. Un algo visible-invisible tiene lugar, [...] «Razones de *topo-nomología*, y desde ahí, dimensión patriárquica».

Lugar y ley de lo arcóntico. [...] en el psicoanálisis freudiano, es donde se intentará repensar el lugar y la ley según las cuales se instituye este principio arcóntico [negritas agregadas]. Un principio imbuido de autoridad, títulos y genealogía. De ahí dimana el derecho, la legalidad y la dependencia a que ello da lugar.

En todas partes (lo secreto y lo heterogéneo, que supone el archivo) pueden amenazar la *consignación*. Ello puede dar lugar a riesgos, tanto para el archivo, como para la institución que guarda el archivo, los archivos.

La alteración del orden. Una ciencia del archivo incluye la ley y el derecho que la autoriza. Ese derecho supone límites que tienen una historia, historia deconstruible, (la «deconstrucción» es pieza fuerte del discurso derridiano), y a esa deconstrucción no habrá sido ajeno el psicoanálisis.

Esa tarea en curso, concierne, como siempre, a la institución de límites *declarados* infranqueables, ya se trate del derecho de las familias o del Estado, de las relaciones entre lo secreto y lo no-secreto, o, lo que no es lo mismo, entre lo público y lo privado; de los derechos de propiedad o de acceso, de publicación o reproducción, clasificación y puesta *en orden*.

[...] **La heterogénea materialidad. El abordaje de una obra crucial: el Moisés.** En las obras llamadas *teóricas*, ¿qué es digno de ese nombre y qué no lo es? ¿Se debe confiar en lo que dice Freud a este respecto para clasificar sus obras? ¿Se debe creer en su palabra cuando, por ejemplo, presenta su *Moisés... como una novela histórica?* [negritas agregadas].

El acecho de los accidentes. En todos estos casos, los límites, las fronteras y las distinciones habrán sido sacudidas por **seísmos** (catástrofes: así se trate de terremoto, inundación o tsunami, en sentido figural), que no dejan al abrigo ningún concepto clasificador, ni puesta en obra alguna de archivo, que alteran la *impresión* dejada por la *firma freudiana* sobre su propio archivo, y también inversamente de rebote, sobre la historiografía.

La historia en la formación de un concepto, la historia de la formación de un *concepto en general*. Derrida dice: «digamos por el momento *firma freudiana*».

La firma freudiana y el escenario de la excavación arqueológica. No por casualidad el hilo freudiano privilegia las figuras de la impronta y de la imprenta, y también el escenario de la excavación arqueológica.

¿De qué trata este discurso? El mismo trata sobre el almacenamiento de las «impresiones» y el cifrado de ellas. Inevitablemente, habrán de topar con tópicos freudianos insoslayables: la censura, la represión, la supresión. En tal caso, también el archivo podrá ser guardado, con represión y todo incluido.

«El orden ya no está asegurado».

Una gran «cuestión judía» atraviesa el psicoanálisis. Se basa para ello Derrida, (y se empeña) en seguir el trayecto del discurso del historiador americano del judaísmo, Yosef Habib Yerushalmi, acerca de dos libros suyos: *Zakhor, Jewish History and Jewish Memory* y *Freud's Moses, Judaism Terminable and Interminable*.

Derrida se pregunta si se sigue considerando el psicoanálisis una «ciencia judía», como se ha dicho con frecuencia para echárselo en cara, antes,

durante y después del nazismo. No se responderá a estas cuestiones mientras no se haya definido, «suponiendo que ello sea cognoscible», advierte Yerushalmi, lo que quiere decir «judío» y lo que quiere decir «ciencia».

«**El Libro**» «Como archi-archivo, la Biblia, aquella que su padre obsequiara a Freud, habría sido «El libro». Él quedaría «en reserva», junto al archi-patriarca del psicoanálisis: el padre del padre. El padre de Freud. Habría permanecido allí en el Arca de la alianza. *Arca* esta vez en latín (*ark* en inglés), es el cofre, el «arca en madera de acacia» que guarda las Tablas de piedra; pero *arca* se dice también del armario, el ataúd, la celda de la prisión o la cisterna, el depósito» (Derrida, 1994, p.31).

El Mal de archivo evoca a un síntoma, a un sufrimiento, a una pasión. «Con Freud, sin Freud, a veces contra Freud. El archivo del mal también arruina, deporta, arrastra... Así él también incluye, abarca, en su heterogeneidad, ordenada al infinito, el mal radical, en su «principio de archivo» [...].

EXERGO

Adelanto. Violencia. «El exergo juega con la cita», con estas palabras el texto, (la paráfrasis del texto) circunvala con una elipse, muchas elipsis. «Acumula por adelantado un capital y prepara la plusvalía de un archivo» [...]. Se contenta con nombrar el problema; dice del asunto; establece una función instituyente y conservadora: violencia de un poder, que, con ellos, diría Walter Benjamin (1991), establece y conserva el derecho (p.15).

Ambigüedades del archivo. «Hete aquí la violencia del archivo como *violencia archivadora*. Otras consecuencias: *archivo instituyente y conservador*. *Archivo revolucionario y tradicional*. Es *eco-nómico*: ahorra más de un modo no natural, es decir, haciendo la ley (*nómos*) o haciéndola respetar». «Tiene fuerza de ley, la de la casa, como lugar, domicilio, familia, linaje o institución».

Dos lugares de inscripción. «Ahora bien, estas citas conciernen a —y quizá se vinculan secretamente entre ellas— dos lugares de *inscripción: la imprenta y la circuncisión*».

Lugares: impronta y castración. El primero de estos exergos sería el más tipográfico, más adecuado a su concepto, una impresión que se

vincula al *afuera*, a un soporte externo, adelante de «la pizarra mágica». Pero el segundo exergo, que Derrida prontamente denomina «signo de la alianza», remite a una *marca íntima, en pleno cuerpo*, llamado *propio*. Entonces, ¿dónde comienza el *afuera* para éste? «Esta cuestión es la cuestión del archivo», concluye Derrida. «Sin duda, no hay otra», remata Derrida, dejándonos en el suspenso de quedar, temporariamente, en ayunas.

El malestar que trae la cultura. Al inicio del capítulo VI de *El malestar en la cultura*, Freud (1979a) vacila en lo que va a decir, se pregunta por haber hecho tanto gasto en papel, en tinta, para instalar al fin, una máquina de impresión, donde se imprime algo que ya todo el mundo sabía, pero esta *impresión* que se abre camino, conduce a otra lógica, a otra retórica, basada en un tiempo verbal distinto, *un tiempo futuro anterior* [cursivas agregadas]. Consiste en la permuta de una hipótesis vacilante por una tesis que empieza a caminar. Le habrá hecho falta inventar una proposición inaugural, algo nuevo, *una mutación, un corte*. (Ello nos pone, lectores, en la pista de la *escisión*, de la *spaltung*, de la *división*). Consiste en nada más y nada menos que, en la «modificación de la doctrina psicoanalítica de las pulsiones» (p.17).

La introducción de la pulsión de muerte. Enseguida Freud hace la proposición sosteniendo que esta ficción, es «una ficción irresistible, a saber, la posibilidad de una perversión radical, justamente, *una diabólica pulsión de muerte, de agresión o de destrucción; por tanto una pulsión de pérdida* [negritas agregadas]».

La continuación del capítulo recordará que diez años antes en *Más allá del principio del placer* (1979b), Freud había introducido «esta pulsión de destrucción en la economía o más bien en la aneconomía psíquica, en la parte maldita de este gasto a pura pérdida (p.18)». Eso puede destruir, por adelantado, su propio archivo. Y lo hará desde una vocación silenciosa. Derrida podrá decir: «El archivo trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo.»

«La inagotable existencia de un Mal que parece contradecir la existencia de Dios». «No sin disgusto, señala Freud, que se nos recuerde la innegable existencia de un mal que parece contradecir la soberana bondad de Dios. Pero si este Diablo —otro nombre para la pulsión de tres nombres— parece entonces, a los ojos de los cristianos, inconciliable con Dios, resulta que también puede disculpar a Dios y resultará el mal por el mal, el

mal diabólico, puede también servir de excusa, ya que le es *exterior*, *ángel anárquico y disidente*, en rebelión contra Él, del mismo modo que el Judío puede jugar un papel análogo de alivio, o de descongestión económica que le asigna el mundo del ideal ario». «Dicho de otro modo, la destrucción radical puede aun ser *reinvertida* en otra lógica diferente, en el inagotable recurso *economista* de un archivo que capitaliza todo, incluso lo que lo arruina, o cuestiona su poder: la destrucción infinita puede ser reinvertida en una teodicea, el Diabolo puede también *justificar* —y ése sería el destino del Judío— el ideal ario». El antisemitismo se hacía presente.

[...] **La máquina-herramienta como para representar afuera la memoria como archivación interna.** «Limitándonos a esta paradójica archivación del archivo freudiano, deberíamos asimismo prestar atención a una fecha. Pensemos en el modelo técnico de la máquina-herramienta destinada a *representar afuera* la memoria como archivación interna, a saber, el *Bloc mágico*. Este modelo fue asimismo descrito, analizado, presentado, después de *Más allá del principio del placer*, libro donde Freud confesara hacer de «abogado del diablo». La descripción comporta varias alusiones a lo que en el funcionamiento del *Bloc mágico* está condicionado por la descripción anterior en *Más allá...*, de la estructura del aparato psíquico (p.21).

Derrida (1994) prosigue: «Sin recordar aquí las cuestiones que planteaba entonces (especialmente acerca del “concepto freudiano de huella hereditaria”), me permito citar una observación solamente. Ella podría por anticipado diseñar el horizonte acerca hacia el cual me gustaría avanzar un poco más y de otro modo esta noche» (p.21).

«Para representar el funcionamiento del aparato psíquico en un modelo técnico *exterior*, no disponía Freud entonces de los recursos que hoy día nos aseguran las máquinas archivadoras con las que apenas se podía soñar en el primer cuarto del pasado siglo. ¿Cambian algo estas máquinas? ¿Afectan simultáneamente al discurso de Freud?».

La representación herida de muerte. En 1966, en largo discurso, Derrida decía lo siguiente: «[...] Lejos de que la máquina sea una pura ausencia de espontaneidad, su *semejanza* con el aparato psíquico, su existencia y su necesidad dan testimonio de la finitud así suplida de la espontaneidad mnémica. La máquina —y, por tanto, la representación— es la muerte y

la finitud *en* lo psíquico. Freud no se sigue preguntando por la posibilidad de esta máquina, que en el mundo al menos ha comenzado a *asemejarse* a la memoria y que se le asemeja cada vez más y cada vez mejor. Mucho mejor que este inocente bloc mágico» (p.22).

Cuestiones que trae el porvenir. Del *porvenir*, si lo hay; del porvenir del psicoanálisis en su relación con el porvenir de la ciencia. «Como tecnociencia, la ciencia no puede más que consistir, en su movimiento mismo, en una transformación de las técnicas de archivación, de impresión, de inscripción, de reproducción, de formalización, de cifrado y traducción de marcas». «Por tanto, las cuestiones son al menos de *dos órdenes*,

1. Unas atañen a la *exposición teórica* del psicoanálisis. Concernirían a *suobjeto* y en particular a lo que se ha puesto en juego en los modelos de representación del aparato psíquico como aparato de percepción, de impresión, de registro, de distribución tópica de los lugares de inscripción, de cifrado, de represión, de desplazamiento, de condensación. Nombraríamos así, por supuesto, otros tantos lugares de lectura y de interpretación».

«[...] si *por lo esencial*, y de otro modo que en los detalles extrínsecos, la estructura del aparato psíquico, ese sistema a la vez mnémico e hipomnémico que quería describir Freud con el «bloc mágico», ¿resiste o no a la evolución de la tecnociencia del archivo? ¿Estaría el aparato psíquico *mejor representado* o bien *afectado de otra forma* por tantos dispositivos técnicos [...]: micro-informatización, electronización, computarización, etc.?».

«Estas dos hipótesis son irreductibles la una a la otra. Puesto que si las conmociones en curso afectaran las estructuras mismas del aparato psíquico, por ejemplo, en su arquitectura espacial y en su economía de la velocidad, en su tratamiento del espaciado y de la temporalización, ya no se trataría de un simple progreso continuo en la representación, en el valor *representativo* del modelo, sino de una lógica absolutamente distinta» (p.23).

2. Derrida insiste sobre las técnicas de archivación que el seísmo tecnológico moderno trajo: interrogantes que lo interrogan, lo detienen,

lo fascinan. Quizá se desvíe, quizá incurra en un malentendido epistémico. (Ver más adelante). Que Freud escribía teoría, documentaba casos, historiales, problemas, cuestiones prácticas y teóricas, consejos, correspondencia con colegas, con amigos, con personas de inesperada procedencia, de lejanos rincones del mundo, en tiempos en que no se disponía de tarjetas magnéticas, computadoras, celulares, E.MAIL, CD ROM, FAX, eso no se puede desmentir.

Un acento, un énfasis, que despierta interrogantes. «Me habría gustado consagrar toda mi conferencia a esta ciencia-ficción retrospectiva» (Derrida). «Me habría gustado imaginar la escena de ese otro archivo tras el seísmo y tras los *après-coups* de sus *aftershocks*. Como no puedo hacerlo, [...] me atengo a una observación de principio: ese seísmo archivador no habría limitado sus efectos al *registro secundario*, a la impresión y a la conservación de la historia del psicoanálisis. Habría transformado esa historia de arriba abajo y en el *adentro* [cursivas agregadas] más inicial de su producción, en sus *acontecimientos* mismos [Acá me parece que Derrida relativiza un motor como la castración, *acontecimiento de muy adentro*, registro que atraviesa la historia del psicoanálisis, y lo trasmuta en un efecto resultante, más visible, más nítido, (...) no solo iluminado por un progreso técnico]. Derrida continúa, dado que estamos en esa detención: «...la estructura técnica del archivo *archivante* determina asimismo la estructura del contenido *archivable* en su surgir mismo y en su relación con el porvenir». «[...] Ello significa que *en el pasado*, el psicoanálisis (no más que otras cosas), no habría sido lo que fue si el *e-mail*, por ejemplo, hubiera existido. Y *en el porvenir* no será ya lo que Freud y otros psicoanalistas han anticipado, desde que el *e-mail*, por ejemplo, se ha hecho posible» (p.24). La técnica del correo le merece una detención, la instantaneidad del *e-mail*, hace que Derrida haga otras cogitaciones. La correspondencia manuscrita y los escritos analíticos del siglo XX, en sus inicios. Las consecuencias jurídicas y políticas resultantes de la instantaneidad del mail electrónico actual, que muchos no lo usan, no lo leen «por envejecido», en aquel tiempo entusiasmaba a J.D. (Derrida y sus testimonios alborozados ante la técnica en el año 1994, pero la técnica y la historia, han merecido desde el psicoanálisis sus cautelas, sus reservas).

«¡Ah, la excavación arqueológica!» Freud acompaña con gusto al joven arqueólogo Norbert Hanold, personaje de ficción del novelista W. Jensen, que habrá de merecer que nos detengamos pronto, en aquella Pompeya, cercana ciudad sepultada en ceniza, donde Derrida se retiraba a escribir.

«[...] Por el momento, dejemos estas cuestiones en suspenso», sostiene Derrida, sustrayéndose de estas excursiones para pasar al

PREÁMBULO

«El sudor que rezuma cercar un nuevo objeto epistémico».

[...] 1. «La primera inscripción sería *escritural* o *tipográfica*: la de una inscripción (*Niederschrift*, escribe Freud, a lo ancho y largo de su obra), que deja una marca en la superficie o en el espesor de un soporte.

«¿Se puede pensar un archivo sin fundamento, sin substancia, sin soporte?»

[...] Esta tópica no tiene nada que ver por el momento, provisionalmente, con un punto de vista anatómico sobre localizaciones cerebrales.

2. Derrida gira como brújula, apunta al concepto, sostiene que no lo puede sostener, sin orientarse hacia la palabra «impresión», que tiene para Freud, nociones (Derrida no usa estos términos), como las de «representaciones intuitivas», o «vistas del espíritu», en criticable traducción francesa, aclara J.D.

La impresentabilidad de un nuevo concepto.

Derrida opone aquí el rigor del *concepto*, a lo vagoroso o a la imprecisión relativa, abierta, quizá indeterminable de la palabra *noción*. Y «Archivo» es solamente una *noción*, una impresión asociada a una palabra y para la cual ni Freud ni nosotros tenemos ningún concepto.» «Figura móvil», «Esquema» o «Proceso infinito o indefinido». Aunque, oh sorpresa, Derrida avanza un poco más: la considera como un pre-concepto, como posibilidad que traerá el porvenir. Esta sería una

de las tesis aquí presentadas: hay razones esenciales por las cuales un concepto en formación permanece siempre inadecuado a lo que debería ser; dividido, desunido, entre dos fuerzas. Dis-juntamiento que tendría una relación necesaria con la estructura de la archivación... el concepto de archivo no puede no guardar en él, como todo concepto, un peso de impensado. ¿O puede?

3. «**Impresión freudiana**» «[...] Quiero hablar de la *impresión dejada* por Freud, por el acontecimiento que carga este apellido, la *impresión* casi inolvidable e irrecusable, tan innegable incluso, que Sigmund Freud le habrá *hecho* a cualquiera que, después hable *de él* o *le hable*, y deba, por tanto, aceptándolo o no, sabiéndolo o no, dejarse marcar así: en su cultura, en su disciplina, sea la que sea, en particular la filosofía, la medicina, la psiquiatría y más precisamente aquí, ya que debemos hablar de memoria y de archivo, la historia de los textos y de los discursos, la teoría política, la historia del derecho, la historia de las ideas o de la cultura, la historia de la religión y la religión misma, la historia de las instituciones y de las ciencias, en particular la historia de ese proyecto institucional y científico que se llama el psicoanálisis» (p.39).

PRÓLOGO

Las dificultades para ubicar el vocablo «archivo»: entre noción y concepto[...]. «Disponer de un concepto, tener una seguridad al respecto, es suponer una herencia cerrada y la garantía sellada, en cierto modo, por esta herencia. Tanto la palabra como la noción de archivo parecen, en primer lugar, ciertamente, señalar hacia el pasado, remitir a los indicios de la memoria consignada, recordar la fidelidad a la tradición. **Ahora bien, si hemos intentado subrayar este pasado desde el inicio de estas cuestiones, es también para señalar las vías de una problemática distinta [negritas agregadas].** Al igual o más que una cosa del pasado, antes que ella incluso, el archivo debería *poner en tela de juicio* el porvenir, la venida del porvenir.

«[...] Es, pues, una cuestión del porvenir, la cuestión del porvenir mismo, la cuestión de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana. Si queremos saber lo que el archivo habrá querido decir, no

lo sabremos más que en el tiempo por venir. Quizá. No mañana, sino en el tiempo por venir, pronto o quizá nunca».

Acerca de ir más allá de si el psicoanálisis es una ciencia judía. Derrida escribe morosa, larga, admirativamente, sobre libros citados más arriba, de Yerushalmi, sobre lo que este historiador bíblico «monologaba» con Freud, en el libro de aquel, en pos de refrendar con la ficcional respuesta del «espectro de Freud» la confirmación de que, efectivamente, el psicoanálisis es una ciencia judía. ¿El fantasma de Freud asiente? El fantasma no responde, lo que no quiere decir que dé asentimiento alguno a las presiones de Yerushalmi, que es todo un historiador. No obstante ello, Yerushalmi insiste [...] todo el libro de Yerushalmi gira alrededor de un libro de Freud que este último había querido en un principio presentar como una *ficción*, *Der Mann Moses, ein historischer Roman*, apuntando hacia **un nuevo concepto de la verdad**, a saber, bajo el nombre de «verdad histórica», «una verdad que la historiografía y quizá la filosofía tienen cierta dificultad en pensar».

La circuncisión como marca y/o como signo distintivo de la alianza. Derrida, también Yerushalmi, insisten en la palabra «circuncisión». Derrida demora en ampliar al sentido de castración que Freud le asignaba a la circuncisión, si bien Freud, en el libro sobre Moisés, nombra otros archivos, otras exterioridades: que los egipcios también se circuncidaban, que esa marca constituía «un fósil conductor», para interrogar la memoria (nota 9, p.50). «Desde un punto de vista más estructural, agrega Derrida, la circuncisión sería el sustituto simbólico de la castración del hijo por el padre primitivo».

Pocas páginas más adelante, Derrida enmarca la circuncisión en los siguientes términos: Decimos a propósito «algo como una circuncisión» para designar el lugar de este problema, un lugar él mismo problemático, entre la figurabilidad y la literalidad. ¿Podemos quedarnos satisfechos con los numerosos enunciados de Freud sobre la circuncisión, relacionada siempre y a toda costa con la castración o la amenaza de castración?

Un dilema: efecto de suspensión: ¿enfocar hacia el pasado, enfocar hacia el porvenir? En cuanto a las razones que vinculan a Freud con el pasado, las que sí lo harían están expuestas en el caso de *El hombre de las ratas*, en el sentido «del progreso de la ciencia y la razón, con el advenimiento del patriarcado».

Las tres equivocaciones de Freud. Él lo hace tres veces, apoyándose en el pensador y humorista Lichtenberg, (célebre por sus sentencias y sus aforismos) y cuyo respaldo Freud busca. «Se equivoca al afirmar que no puede haber dudas en cuanto a la identidad de la madre, desde el momento en que esta identificación dependería del testimonio de los sentidos; la identidad del padre quedaría siempre en duda, ya que dependería, ella sola, de una inferencia racional, como esa *legal fiction* de la que habla Stephen en el *Ulysses* de Joyce. Ahora bien, hoy día, mejor que nunca, aunque no sea más que por la posibilidad de las madres de alquiler, de las maternidades protéticas, de los bancos de esperma y de todas las inseminaciones artificiales, tal y como nos lo asegura ya y asegurará aún más en el porvenir, la tecnociencia bio-genética, se sabe que la maternidad es tan inferida, construida e interpretada como la paternidad. Como la ley paterna. En verdad, siempre ha sido así, para la una y para la otra. Freud se equivoca por segunda vez al creer con Lichtenberg que la paternidad, y *ella sola*, es tan incierta como la cuestión de saber si la luna está habitada: se sabe hoy día, con absoluta certeza objetiva, que la luna está desierta, e, inversamente, es más fácil ver y tocar el suelo de este astro que la identidad cierta de una madre. Se equivoca por tercera vez al extraer de todos estos errores, ilusiones o fantasías, una conclusión *falo-logocéntrica*: en razón de este presunto recurso a la razón en la asignación de paternidad, más allá *del* «testimonio de los sentidos», el paso al patriarcado habría marcado el triunfo civilizador de la razón sobre la sensibilidad, de la ciencia, sobre la percepción.

Con Nietzsche. Pensadores del porvenir. «Dudando que Anna/Antígona haya hablado, de Londres a Jerusalén, en su propio nombre, esperando visiblemente que haya hablado en el nombre del padre, de su padre muerto, [...] pues bien, quizá se inscriba ahí, (quizá, digo bien *quizá*), como si firmara ahí con su nombre, una discreta pero imborrable virilidad: *nosotros* los padres, nosotros los arcontes, nosotros los patriarcas guardianes del archivo y de la ley. Digo *quizá*, porque todas estas cuestiones permanecen tan suspendidas como el porvenir... «[...] Insisto sobre esta modalidad esencial del *quizá*, como estoy tentado siempre de hacerlo», remata su discurso Derrida. Y prosigue: «Me parece irreductible. Nietzsche pretendía reconocer a los pensadores del porvenir por el coraje de decir *quizá*».

Fraternal. Judaísmo. Cristianismo. Fratricidio. «Puesto que Yerushalmi plantea al profesor Freud una notable cuestión sobre la identidad de la madre, en su esquema edípico, una identidad quizá no sensible, quizá sustraída al testimonio de los sentidos, como la *legal fiction* del padre y más aún que ésta, ya que esta vez la mujer sería la ley misma:

[...] la Torah, la doctrina, la revelación, la Torah que, en hebreo, es de género femenino y que el Midrash se complace en comparar con una novia. Es por su posesión por lo que el cristianismo, el hijo menor, vino a desafiar, no tanto a Dios Padre como al hijo primogénito, al judaísmo. Calificar ese enfrentamiento de «rivalidad fraternal», me parece bastante débil. Psicológicamente (y, por desgracia, históricamente), sería más justo hablar de «lucha fraticida»

En la página 57 de *Mal de archivo*, nota 15, se lee: Yerushalmi, consagrando [...] páginas a esta cuestión del fraticidio, adelanta la hipótesis, según la cual la figura de Caín es tan potente como la de Edipo».

Selbstdarstellung. Llegando a este punto, a riesgo de fatigar más aún al lector. del inventario de este «dossier» sobre la Arkhé, este fragmento confesional de Freud, que sufrió «inexplicables omisiones», traducciones discutibles, hasta quedar impreso así, tardíamente, en las ediciones de Amorrortu, tomo XX, p.1, bajo el título «Presentación autobiográfica», reza: «El hecho de que me sumergiera demasiado pronto, apenas acabado el aprendizaje de la lectura, en el estudio de la historia bíblica, determinó de un modo duradero, como me di cuenta mucho más tarde, la orientación de mis intereses». Al parecer, la última frase no apareció sino diez años después. Freud la añadió un año más tarde, en 1935, un año después de haber terminado la primera versión manuscrita del *Moisés*.

«[...] las deformaciones de un texto comparable con asesinatos». **Tardía introducción a la cuestión del archivo.** Dice Derrida: «se puede incluir esta pequeña observación filológica en el pequeño dossier que Freud mismo instruye en el capítulo sexto de la segunda parte de su *Moisés*, a lo largo de esas páginas tan ricas sobre la archivación, la tradición oral y la tradición escrita, la exégesis bíblica, la historiografía y todas las deformaciones de un texto comparable con asesinatos. Ello surgiendo en una noción de «obediencia retardada», que afectó a varios, empezando por el propio Freud, quien tardíamente reconoce su metida de pata.

La verdad de la verdad. Ese tardío descubrimiento hace más entendible lo que se lee en *Tótem...* acerca de «verdad material» y «verdad histórica», los tropiezos con la verdad, la juntura de la verdad con la ficción. Derrida resume (y vuelve al libro de Yerushalmi); ...esta juntura entre la verdad y la ficción, este juego, este lujo, asegura, me parece la unidad de este libro en tanto articula juntos cuatro artículos de historiador que se quieren subordinar a las normas tradicionales de la cientificidad y un último capítulo de **monólogo ficticio con un espectro** que al menos aparentemente, no responde. Pero el último capítulo, el más ficticio, ciertamente no es el menos verdadero. A su modo, aun si no la dice, *hace* la verdad, en el sentido en que Agustín podía decirlo de la confesión. Nos inspira otra cosa sobre la verdad de la verdad, sobre la historia de la verdad, así como sobre la verdad de la diferencia enigmática que Freud ha querido señalar entre «verdad material» y «verdad histórica». **No imagino una introducción mejor a la cuestión del archivo hoy que aquello que propiamente pone en juego esta vertiginosa diferencia** [negritas agregadas].

«El [padre] muerto se hizo más fuerte {de lo que lo había sido mientras vivía} [...] en virtud de una situación psíquica que nos es familiar en psicoanálisis, “la obediencia debida”».

Al escribir *Moisés y la religión monoteísta*, no solo obedece finalmente a su padre y vuelve a sumergirse en el estudio intensivo de la Biblia, sino que, gracias a la interpretación que de ella da, llega a preservar su independencia respecto a su padre. Rechaza la «verdad material» del relato bíblico, más se alegra de descubrir ahí mismo una «verdad histórica». Ver nota 28 en página 57 de **Malestar**.

Elogio de (a) Lou Andreas-Salomé. Yerushalmi elogia a la analista, antes de citarla. Lo que ella dijo fue: haber leído en el *Moisés* ...una nueva forma del «retorno de lo reprimido», esta vez no bajo la forma de «fantasmas surgidos del pasado», sino de lo que se podría llamar un «triunfo de la vida». «La supervivencia ya no significa la muerte y el retorno del espectro, sino el sobrevivir de un exceso de vida que resiste al aniquilamiento» (p.67).

Donde los historiadores no se atreven. Hasta allí llegó el historiador Yerushalmi. Derrida sostiene que, al fin, el historiador se dirige a Freud con un respeto filial. Se «vuelve a sumergir a su vez en el «estudio intensivo de la Biblia.»». «Preserva su independencia». «Imitando un parricidio

doblemente ficticio, «discute ásperamente con un maestro cuyas reglas y premisas psicoanalíticas acepta». Se identifica con él interiorizándolo como un fantasma que habla en él, antes que él». «Ahora bien, este fantasma, no lo olvidemos, es un experto en fantasmas». «El experto ... llegó incluso a subrayar un día que lo más interesante en la represión es lo que no se llega a reprimir». «El fantasma hace así la ley, incluso cuando se le replica.» Como el padre de Hamlet tras de su yelmo, y en virtud de su *efecto de visera*, el espectro ve sin ser visto. Así restablece la heteronomía. La heteronomía de una ley de venganza que el fantasma exige. «Freud en confidencia más o menos tardía admite su impregnación por la cultura bíblica». «Y Yerushalmi se la aplica ahora a si mismo para descubrir su propia inversión (¿inmersión?) en este archivo de Freud que se ha convertido para él, en una Biblia, *una Biblia espectral*»

Conclusiones de Derrida: «Freud no responderá nunca más porque es un fantasma, por lo tanto, un muerto. No responderá nunca más porque es el fantasma de un analista y quizá porque el analista debe retirarse hacia esa posición espectral, el lugar del muerto, dejando de hablar, hace hablar; no respondiendo nunca más que para callarse, no callando más que para dejar hablar al paciente, el tiempo de transferir, de interpretar, de trabajar» (p.70). «[...] sabemos en todo caso que una respuesta espectral (así pues, instruida por una *tékne* e inscrita en un archivo) es siempre posible». «No habría ni historia, ni tradición, ni cultura, sin esta posibilidad». El archivo no se debe tomar en términos de absoluto. «Nunca se lo podrá objetivar sin resto». «El archivero produce archivo, y es por esto por lo que el archivo no se cierra jamás».

TESIS

Viena, 6 de diciembre de 1896

[...] Acabo de adornar mi despacho con vaciados de estatuas florentinas. Para mí ha supuesto un relajamiento enorme. ¡Hago propósito de volverme rico para volver a hacer este viaje y sueño con un congreso en tierra italiana! (Nápoles, Pompeya).

Sigm.

«Un joven arqueólogo, Norbert Hanold ha descubierto en una colección de antigüedades, en Roma, un bajorrelieve que le ha agradado tanto que está feliz por haber obtenido de él un excelente vaciado que puede colgar en su gabinete de estudio.»

«Hace ya mucho tiempo que me he acostumbrado a estas muertas». («La Gradiva», de W. Jensen. 1906-1907)

Los dos (o tres) exergos de este capítulo se constituyen en referencias imprescindibles. La noción arqueológica, tan unida al psicoanálisis, y esa debilidad por esas excavaciones y estatuillas que le proporcionaron tal felicidad a Freud, no necesita de mayor énfasis. En carta de 6 de diciembre de 1896 a su amigo Wilhelm Fliess, Freud define las «relaciones de estratificación topográfica, arqueológica o de archivo entre varios tipos de «registro», o escritos («tres y probablemente más», piensa entonces). Esta carta, también adelanta, a veces en detalle, la «Nota sobre el bloc mágico».

Los dos copetes siguientes proceden de la novela, la *Gradiva* de W. Jensen (1906-1907), cimientos para un trabajo excepcional de Freud sobre el delirio y el sueño.

Derrida comienza este capítulo escribiendo sobre «la posibilidad de una recapitulación, que se acerque lo más posible a la noción de cabeza, del principio, del *arkhé*, o del archivo» (p.91). En otras palabras, escribe, «lo *Uno se guarda de lo otro* y lo *Uno se hace violencia*». Subyace aquí, conjetura Derrida, la cuestión del porvenir del espectro o del espectro del porvenir, mejor aún: del porvenir *como espectro*. Derrida se lanza y escribe esto:

Las tesis freudianas están resquebrajadas, divididas, son contradictorias, como los conceptos, comenzando por el de archivo. «Todo concepto freudiano funciona así, dislocándose siempre, porque nunca nace uno consigo mismo. La estructura del archivo es *espectral*. Lo es *a priori*: ni presente ni ausente «en carne y hueso», ni visible, ni invisible, huella que remite siempre a otro, con cuya mirada no podríamos cruzar la nuestra, ni aún con la visera del padre de Hamlet. Luego, el motivo espectral pone en escena esta fisión diseminante de la que hacen gala desde el principio, tanto el principio arcóntico, como el concepto de archivo y aun como el concepto a secas.

«...deseo de archivo». «Freud, lo sabemos, ha hecho todo lo posible para no soslayar la experiencia del asedio, la espectralidad, los fantasmas, los (re) aparecidos. Ha intentado dar cuenta de ello con coraje, de la forma más científica, crítica y positiva posible. Y, por eso mismo, ha intentado, también, conjurarlos. Su positivismo puesto al servicio de un asedio declarado y de un miedo inconfesado.... deseo de archivo, lo más cerca posible de una imposible arqueología de esa nostalgia, de ese deseo doloroso de un retorno al origen auténtico y singular, y de un retorno que se cuida de dar cuenta incluso del retorno de sí mismo. Este ejemplo me trae muy cerca de Nápoles y de Pompeya, del paisaje de *Gradiva*, donde escribí estas páginas hace unos diez días... (Derrida).

La *Gradiva* de Jensen. «En ella, Freud confiesa su propio asedio. Se resiste a él sin resistirse a él. Se divide a sí mismo, por así decirlo, en el momento en que quiere dar cuenta de la última evolución de la locura (Wahn) del joven Norbert Hanold, quien representa la locura de otro en tanto que personaje de ficción. El joven arqueólogo cree dar cuenta de una conversación diaria sostenida con su «espectro de mediodía», *la Gradiva*., estando ella, sin embargo, sepultada desde la catástrofe del año 79. *Monologa con el fantasma de Gradiva* durante una hora, luego ésta vuelve a su tumba, y Hanold, el arqueólogo, se queda solo. Pero queda engañado, alucinado...

Freud, en tanto, había planteado el problema del fantasma. Y del fantasma en literatura. El «personaje» no es el único que sufre de un malestar o de una «tensión». Ante «la aparición de *Gradiva*», se preguntan primero los lectores, *quién es*, ya que la hemos visto *primo*, bajo la forma de una estatua de piedra, *secondo*, de una imagen fantasmagórica. La duda no oscila simplemente entre el fantasma y la realidad, la realidad efectiva. Freud habla, poniéndolo entre comillas, de un «fantasma real». «¿Es esto una alucinación de nuestro héroe hechizado por su delirio, un fantasma “real” o una persona en carne y hueso?». Para hacerse estas preguntas, señala Freud, no se tiene necesidad de creer en los (re) aparecidos. La cuestión y la «tensión» que ella engendra son hasta tal punto inevitables que Jensen, el autor de lo que él mismo llama una «ficción fantástica», no nos ha explicado todavía si quería dejarnos en nuestro mundo prosaico o si quería «conducirnos a otro mundo, un mundo fantástico donde los espíritus y los espectros adquieren valor de realidad». Estamos dispues-

tos a «seguir» al autor de ficción, «como en el ejemplo de Hamlet, de Macbeth».

Fantasmas a mediodía. «Inédita hora de los espectros». Gradiva, «el espectro del mediodía», surge en una experiencia de *lectura*, pero también para Hanold, para el héroe de la novela, en una experiencia, cuya *lengua*, incluso la multiplicidad de lenguas, no podría ser abstraída para dejar desnuda la pura percepción, ni siquiera una alucinación puramente perceptiva. Hanold se dirige a Gradiva primero en lengua griega, para ver si la experiencia espectral ha conservado el lugar de hablar. Sin respuesta, se dirige a ella seguidamente, en latín. Ella sonrío y le pide: «Si quiere usted hablar conmigo, debe hacerlo en alemán». Un fantasma puede ser entonces sensible al idioma. Acogedor a este, alérgico a aquel otro. Uno no se dirige a él en cualquier lengua. Ley de la economía, [...] ley de la transacción de signos y de valores, pero también de cierta familiaridad. «El asedio supone lugares, una habitación, y siempre alguna casa asediada por un encantamiento».

¿Qué pasa con la verdad? Derrida conviene que él, como Freud, cree en algo así como una *parte* de la verdad. «En el análisis, en el examen psicoanalítico, la inverosimilitud de este delirio, al menos [...] en su mayor parte, parece disiparse» (p.94). «[...] ¿Por qué esta insistencia en la partición, en el pedazo?, ¿y qué tendría que ver esta partición con la verdad?». «[...] *hay una verdad del delirio, de la locura, del asedio*». «La verdad es espectral».

«Con el arte de administrar el *suspense*, como un narrador o como el autor de una ficción, Freud nos relata, entonces, a su vez, una historia. Pero como si fuera la historia de otro, un caso...».

«El discurso de Freud sobre el archivo, y he aquí la tesis de las tesis, parece, pues, dividido. [...] Por ello, decimos, [...] *mal de archivo*». Se deben poder encontrar huellas de esta contradicción en toda la obra de Freud. Tal contradicción no es negativa, escinde y condiciona la formación misma del concepto de archivo y del concepto en general, allí donde estos portan la contradicción.

[...]

Un oscurantismo epistémico. «Nada es menos seguro, nada está menos claro hoy en día que la palabra archivo. Y no sólo a causa de esos dos órdenes de *arkhé* que distinguimos al comienzo. Nada es más turbio ni más perturbador que el concepto archivado en la palabra archivo. Lo

que, en cambio, es más probable y más claro es que por algo está metido el psicoanálisis en este turbio asunto».

«[...] Lo turbio del archivo se debe a un mal de archivo. Nos puede el (mal de) archivo. (*Nous sommes en mal d'archive*). Escuchando el idioma francés, y en él, el atributo «mal de», que nos pueda el (*mal de*) archivo puede significar otra cosa que padecer un mal, una perturbación o lo que el nombre «mal» pudiera nombrar. Es arder de pasión. No tener descanso, interminablemente buscar el archivo allí donde se nos hurta. Es correr detrás de él allí donde, incluso si hay demasiados, algo en él se anarquiza. Es lanzarse hacia él con un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico, un deseo irreprimible de retorno al origen, una morriña, una nostalgia de retorno al lugar más arcaico del comienzo absoluto. [...] es que en el momento en que el psicoanálisis formaliza las condiciones del mal de archivo y del archivo mismo, repite aquello mismo a lo que resiste o aquello de lo que hace su objeto. Sobrepuja. Estas serían las *tres más una* tesis (o prótesis, por tanto). Tres de ellas tratan del concepto de archivo, esta del concepto del concepto.

1ª. Primera tesis y primera sobrepuja

«[...] Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte... (material o virtual) que, en lo que ya es un espaciamento psíquico, no se reduce a la memoria... En fin, el archivo psíquico no corresponde ni a la *mnéme* ni a la *anamnesis*. (El tiempo que consagra Freud a este largo viaje en un campo de excavaciones dice algo también acerca de un goce)». *Saxa loquuntur!* («¡Hablan las piedras!»)

2ª. Tesis y segunda sobrepuja

«Freud pretende no creer en la muerte ni, sobre todo, en la existencia virtual del espacio espectral que sin embargo toma en cuenta».

3ª- Tesis y tercera sobrepuja

«Lo arcóntico es en el mejor de los casos, la toma de poder del archivo por los hermanos. La igualdad y la libertad de los hermanos. Una cierta idea, vivaz aún, de la democracia.»

POST-SCRIPTUM

«Por suerte escribí estas últimas palabras al borde del Vesubio, muy cerca de Pompeya, hace menos de ocho días.»

«¿Quién, me digo esta vez, quién mejor que la *Gradiva* de Jensen y de Freud, podría ilustrar esta sobrepuja en el mal de archivo? Ilustrarla allí donde ya no le pertenece a Freud ni a este concepto de archivo, allí donde ella marca en su estructura misma, la formación de todo concepto, ¿la historia misma de la concepción?»

«Cuando quiere explicar el asedio del arqueólogo por una lógica de la represión [...] Freud pretende aún descubrir un origen más originario que el del espectro. Y en la sobrepuja, quiere ser un archivero más arqueólogo que el arqueólogo. Y, por supuesto, más cerca de la causa última, mejor etiólogo que su novelista. Quiere exhumar una *impresión*, quiere exhibir una *impronta* más arcaica que aquélla alrededor de la cual se afanan los otros arqueólogos de todas las clases, los de la literatura y los de la ciencia objetiva clásica, una impronta singular cada vez, una impresión que casi no sea ya un archivo, sino que casi se confunda con la presión del paso que deja su marca aun viva sobre un soporte, una superficie, un lugar de origen. [...] Un archivo que se confundiría en suma con el *arkhé*, con el origen del que sin embargo no es más que el *típo*, el *típos*, la letra o el carácter iterable...allí donde ¡el paso de Gradiva habla por sí misma!».

Hanold, a su vez, padece del mal de archivo. Ha agotado la ciencia de la arqueología, harto de su ciencia y de su competencia. Su deseo impaciente se alza contra la positividad de su ciencia y su competitividad, como ante la muerte. Harto de esta intuición arqueológica sin vida. Y en el momento en que Pompeya vuelve a la vida, cuando los muertos se despiertan, Hanold comprende. Porque ha atravesado Roma y Nápoles. Comienza a *saber* de su «pulsión» o «impulsión íntima». [...] Se recuerda que ha venido para reencontrar sus huellas, las huellas del paso de Gradiva, Ha venido a buscar sus huellas en sentido literal. Sueña con hacerla revivir. Sueña más bien con revivir él mismo. Pero revivir al otro. Revivir la impresión singular que el paso de Gradiva ha dejado en la ceniza. La huella ya no se distinguiría de su soporte. La memoria fiel de una sin-

gularidad así no puede más que entregarse al espectro. Pero del secreto mismo no puede haber archivo.

El secreto es la ceniza misma del archivo. ♦

Nápoles, 22-28 de mayo de 1994

RESUMEN

El autor del artículo enfoca la noción de «Mal de archivo. Una impresión freudiana». Este es el título del libro de Jacques Derrida, pensador y filósofo, influido por el psicoanálisis, a través de los trabajos freudianos. En ellos, destaca el papel relevante de la carta fechada el 6 de diciembre de 1896, dirigida por Freud a su amigo Wilhelm Fliess, carta donde Derrida asimila su escritura a una excavación arqueológica, hecha de signos de percepción, escrituras de la memoria, y la inclusión de una nueva lógica, hecha de contenidos inconscientes, y donde la circuncisión, ampliada como castración, se constituye como eje estructural. Otro punto a destacar es la moción de destrucción, agresividad y muerte, que rige en el archivo. Mal de archivo. Estas mociones se conjugan con la represión, denegación, supresión, pulsión de muerte, agresión y aún la destrucción del archivo. El libro de Derrida se divide en capítulos: Exergo, prolegómeno, prólogo, tesis y post-scriptum. El archivo es un lugar de albergue, de consignación, pero también de mandato, y de pertenencia institucional. Con él se plantea la invención de que el archivo se abra más al porvenir, que no al pasado. Derrida crea la noción de espectro, estrechamente vinculada al fantasma freudiano. Finalmente, el *Arké*, (origen, lo primero), y de allí, la presencia de los arcontes, que son los guardianes del archivo y sus intérpretes. Ellos mandan, guardianes del arca, templo o institución, y un *espectral mesianismo* emerge vinculado al inconsciente.

Descriptor: PSIQUIATRÍA / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / TRANSFERENCIA / PUBLICACIÓN / INVESTIGACIÓN / VÍNCULO TERAPÉUTICO / ENFERMEDAD MENTAL

ABSTRACT

The author of the article focuses on the notion of “File of evil. A Freudian impression”. This is the title of Jacques Derrida’s book, thinker and philosopher, influenced by psychoanalysis, and Freud’s Works. In them, he highlights the letter to his friend Fliess, dated December 6, 1896, where Freud describes his writing, settling in a stratification, which Derrida assimilates to an archaeological excavation. In them, verbal layers, signs of perception, works of memory enduring of verbalizing and the inclusion of an unprecedented, unconscious logic, where the circumcision, with the sense of castration stands out. Another point is the destructive motions of archive. Hence the name of file of evil. These motions are conjugated with the repression, denial, death drives, aggression and even the destruction of the file.

Derrida’s book is divided in chapters: EXERGO PREAMBULO, PROLOGUE, THESIS and POST SCRIPTUM. The file should also be considered as a place of belonging, but also of mandate, duty and belonging. It matters more what comes from the future than from the past.

Derrida creates the notion of spectrum, related to that of ghost. Ultimately the *ARKHÉ* appears, (origin, first), the archons, guardians of the ark, temple or institution and a spectral messianism emerge, related to the unconscious.

Keywords: PSYCHIATRY / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / TRANSFERENCE / PUBLICATION / RESEARCH / THERAPEUTIC BOND / MENTAL ILLNESS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, W. (1991). *Iluminaciones IV*. Taurus: Humanidades.
- Derrida, J. (1994). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Freud, S. (1979a). *Obras completas: Vol. XXI. (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). *Obras completas: Vol. XVIII. (1920-1922)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979c). *Obras completas: Vol. XX. (1925-1926)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979d). *Obras completas: Vol. XIX. (1923-1925)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980a). *Obras completas: Vol. XII. (1913-1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980b). *Obras completas: Vol. II. (1893-1895)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1981a). *Obras completas: Vol. III (1893-1899)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1981b). *Obras completas: Vol. IX. (1906-1908)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1982). *Obras completas: Vol. XXIII. (1937-1939)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1994). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nietzsche, F. (1999). *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- San Agustín. (1997). *Confesiones*. Barcelona: Alianza.